

## ANOTACIONES A ¡ OH JANO, CUYA ESPALDA LA CIGÜEÑA !

Ana María Rey Sierra  
Universidade da Coruña

El pensamiento general del soneto «¡ Oh Jano, cuya espalda la cigüeña !» se encuentra en un párrafo de la sátira I de Persio. Sin embargo, y a pesar de la gran deuda contraída con el escritor latino sobre todo en el primer cuarteto, Quevedo, en una suerte de *imitatio* compuesta, reorienta el motivo original hacia uno de sus temas predilectos: los cornudos. En las páginas que siguen trataremos de ofrecer una serie de notas sueltas de carácter explicativo e interpretativo, más que una anotación crítica en su sentido riguroso, con el fin de esclarecer, en lo posible, la hermenéutica del texto. Para ello hemos tomado como base la edición del soneto fijado por José Manuel Blecua (1970) aunque sin perder de vista tampoco las diferentes variantes que aportan otros manuscritos como el que siguió, por ejemplo, don Aureliano Fernández Guerra (1951). Así, si tenemos en cuenta el testimonio de P<sub>8</sub> ofrecido por el profesor Blecua, el soneto va encabezado de un epígrafe que concentra en dos o tres líneas la amonestación que sugiere el poema: «El que no atiende a lo que dicen en su ausencia estará muy expuesto a murmuraciones y lejos también de enmendarse», lo cual es de gran utilidad para el que encara por primera vez la lectura del soneto. Sin embargo, resulta todavía más reveladora la subscripción que nos proporciona el amigo y editor de Quevedo, González de Salas, en otros manuscritos como el mp 108 y el f 195 ya que con ella se nos da la clave para la interpretación del texto: «Enséñalo con alusión a las palabras de Persio, sat. I: O Iane, a tergo, quem nulla ciconia pinsit». Efectivamente el primer cuarteto del poema de Quevedo es una traducción, casi al pie de la letra, de los versos 58 a 62 de esa obra cuyo contenido, siguiendo la edición bilingüe de Rosario Cortés, sería así:

¡Feliz tu Jano, a cuya espalda no picotea ninguna cigüeña  
ni hacen burla manos hábiles en imitar blancas orejas de burro  
ni lenguas tan largas como la de una sedienta perra de Apulia!  
¡Vosotros, sangre patricia, que tenéis el privilegio de vivir sin ojos  
en el cogote, dad la cara a la burla que os hacen por detrás!

Con estas palabras el satírico latino advierte al pueblo romano de la degradación que está sufriendo su gusto literario lo cual repercute, a su vez, en su comportamiento moral, y denuncia concretamente a aquellos pseudo-escritores y mecenas que compran los aplausos sin percibir que al darse la vuelta, esos mismos que antes les alababan a cambio de un buen banquete, son ahora sus principales detractores. Quevedo toma para su soneto jocoserio este mismo motivo pero lo utiliza con otros fines como se comprueba al completar la lectura. Veamos a continuación en qué sigue y en qué se aparta Quevedo de la sátira persiana comenzando por el primer cuarteto:

¡Oh, Jano, cuya espalda la cigüeña  
nunca picó, ni las orejas blancas  
mano burlona te imitó a las ancas:  
que tus espaldas respetó la seña!

En nuestra opinión, una anotación filológica de este soneto debería además de citar la fuente originaria de la que se toma ejemplo, reseñar también una serie de aclaraciones de la misma pues, si bien es cierto que algunos especialistas son duchos en la materia clásica, no menos cierto es que cada vez son menos los lectores que gozan de esta privilegiada información. Asimismo, sería conveniente explicitar quién era el dios Jano pues, siguiendo el consejo del profesor Rico, «En un texto aurisecular hay un gran aparato de notas no escritas pero sí existentes en la competencia del lector coetáneo, aunque no así en la competencia de un lector de nuestros días». Consultando cualquier diccionario mitológico encontramos en resumen que Jano era el rey más antiguo del Lacio y que supo civilizar las salvajes costumbres de sus habitantes dotándoles de leyes, al mismo tiempo, se granjeó la simpatía de Saturno que, al ser arrojado del cielo, eligió la región del Lacio para vivir. A cambio de la generosidad que demostró Jano con él le otorgó el don de conocer el pasado, el presente y el porvenir. De esta forma Jano, erigido en dios de las puertas, solía representarse con la figura de un joven que tenía dos y, hasta a veces, cuatro caras con lo cual, no sólo podía leer a través del tiempo, sino que además nadie era capaz de hacerle burlas por detrás sin ser visto. Es justamente este último dato el que nos interesa para descifrar el primer verso, pero si queremos profundizar todavía más en el simbolismo de Jano, figura de la que también se sirvió Erasmo como jeroglífico del rey sabio y prudente, bastará con acudir al *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* de Sebastián de Covarrubias y abrirlo por la página 711. Es ahí precisamente donde nos encontramos con una valiosísima información que aquí reproducimos: «Los dos rostros de Jano pueden significar la reverencia que se deve tener a los hombres graves y constituídos en dignidad, a los cuales no se les deve perder respeto, aunque estén ausentes, sino hablar de ellos con mucha cortesía y reverencia, porque si los señores tuvieran ojos en el cogote, pudieran ver la burla y el escarnio que van haziendo dellos essos mismos, que hincan la rodilla en el suelo, y no osan alçar los ojos a mirarlos. Esto advirtió Persio a aquellos grandes cavalleros romanos de sangre patricia y noble, que yendo por la calle, hinchados y pomposos, les yvan sus criados detrás haziendo la ciconia». Con esto se nos aclara ya completamente

el significado que encierra Jano y por tanto casi todo el primer cuarteto, pero todavía nos resta por saber en qué consistía exactamente «hacer la cigüeña». Evidentemente se trata de un tipo de mofa como lo es ponerse las manos en las orejas a lo que se hace referencia en los versos 2 y 3 y que aún en nuestros días sigue vigente, lo que no ocurre con el picoteo del ave. De nuevo debemos acudir al *Tesoro* para encontrar una descripción detallada. Dice así: «[...] un término de irrisión, que oy día se usa en Italia, que para dezir de uno, que detrás dél le van haziendo cocos y burlas, dizen la ciconia, y trae origen que yéndole detrás hazían con la mano y los dedos una forma de pico de cigüeña, como que le abre y le cierra, y juntamente haziéndole gestos». Hasta aquí Quevedo y Persio van de la mano y el primer cuarteto queda resuelto aunque, quizás, deberíamos detenernos un poco más en la expresión «a las ancas». En su sentido estricto significaría «ir montado detrás de otra persona sobre las ancas de la caballería», esto es, «ir en la grupa de», sin embargo, podríamos decantarnos por otra lectura en la que «a las ancas» equivaldría únicamente a ir detrás y que vendría avalado por la descripción de Covarrubias. Claro está, ésta es sólo una posible versión. Es ya en el segundo cuarteto donde Quevedo toma para sí el motivo clásico y le pone su sello personal:

Ni los dedos, con luna jarameña,  
de la mujer parlaron faldas francas;  
con mirar hacia atrás las pullas mancas,  
cogote lince cubre en ti la greña

Tras el quinto verso se esconde otro tipo de escarnio que cuenta con una larga tradición tanto en la literatura como en la vida cotidiana. Poner los dedos en forma de luna jarameña no es ni más ni menos que el conocidísimo gesto de poner los cuernos. Si tratamos de formar con los dedos la figura de la luna tenderemos ya, probablemente, a imitarla en fase creciente pero, si además se nos dice que la luna es jarameña ya no hay lugar al equívoco. El calificativo de jarameña, procedente de Jarama, lugar que goza de reputación por la cría de toros de gran bravura y ligereza, refuerza la plasticidad de la imagen. De todos es sabida la correlación que se establece entre la infidelidad, el adulterio y la cornamenta del toro. El segundo cuarteto es entonces, por así decirlo, una especie de *amplificatio* del primero pues, se insiste en el don de Jano que impide que se le hagan burlas aunque, en este caso, las ofensas son ya de otra índole. Por lo tanto, a Jano además de no picotearle la cigüeña ni poder ponerle orejas de burro, sería imposible que unas manos figurando unos cuernos revelasen o chismorreasen, que no otra cosa significa hablar, faldas francas de la mujer. El significado del complemento «faldas francas» no se presta a error. Una mujer de dichas faldas es una mujer de trato liberal y dadivoso y tratándose de Quevedo, todos sobreentendemos hasta qué punto. Además, es bueno destacar que en otros manuscritos el autor madrileño había sustituido la palabra «faldas» por «prendas», esto es, un vocablo propio de la literatura amorosa. Las prendas de amor o dádivas que los amigos o enamorados se dan recíprocamente en señal de su amistad producen en este contexto una gran carga irónica.

Los dos versos siguientes que cierran este cuarteto resultan de una dificultad especial dada, en gran parte, por su sintaxis. Trataremos de no sucumbir a la tentación de pasarlos por alto incurriendo en las frecuentes «trampas del editor» que, con mucho gusto, dejaría este pasaje sin anotar, entre ellos nosotros mismos. Procuraremos, pues, dar una interpretación razonable aunque no sabemos si correcta. Para ello, antes de adentrarnos en el problema sintáctico esclareceremos algunas cuestiones léxicas.

En el verso séptimo nos encontramos con el complemento «pullas mancadas», una clase de sinestesia a la que Quevedo nos tiene acostumbrados, y que viene a describir, de nuevo, otra forma de mofa. Las pullas son, en general, dichos obscenos o expresiones picantes y agudas con ánimo de ofender pero: ¿por qué «mancadas»? ¿de qué están faltas? Si releemos una vez más el soneto desde el principio comprobaremos que, hasta ahora, todas las burlas a las que se han aludido necesitaban ser gesticuladas para llevarse a cabo; Sin embargo, las pullas, los insultos, no, no precisan de brazos ni manos. Por otra parte, en el verso octavo tenemos otra curiosa asociación de sustantivos: «cogote lince». Si Jano tiene dos caras esto significa que puede ver por el cogote, puede tener ojos en él y ver lo que ocurre a sus espaldas pues es proverbial la vista de la que dispone el lince. Visto esto, centrémonos ya en una posible lectura de estos dos versos. Hemos comprobado que hasta el momento se ha persistido en el gran poder del dios Jano, si seguimos por esa línea deberemos interpretar que la oración iniciada por la preposición con y seguida del infinitivo mirar tiene un sentido condicional, algo así como: «Si miras hacia atrás» o «Con tal de que Jano mire hacia atrás las pullas mancadas la greña le cubre un cogote lince». En resumen, se pone de manifiesto la invulnerabilidad del dios.

La significación de los dos tercetos es ya transparente en comparación con lo que nos hemos topado hasta ahora. Quevedo de manera cuasi-epigramática condensa en los últimos seis versos la idea principal del soneto que fue recogida y sintetizada en el epígrafe por González de Salas. El consejo es que se ha de estar atento en todo momento y creemos que va dirigido especialmente a aquellos maridos confiados que se ausentan con frecuencia, que imprudentemente no ven ni oyen después de haberse marchado con lo que vivirán inseguros y sin poder enmendarse, sin poder corregir el yerro. En los últimos tres versos Quevedo invoca a un tal Eumolpo, que no es más que un interlocutor al que poder dirigirse, con lo que continúa siguiendo de cerca los patrones de la sátira latina, como había hecho ya, por ejemplo, en su *Sermón Estoico* al dirigirse a Clito. A Eumolpo le insta a que tenga el cerebro [ sic ] prevenido, que, como indica Covarrubias, es el nombre con el que comúnmente se designa al cogote. Por lo tanto, que tenga ojos en el cogote, que sepa ver lo que deja a sus espaldas y que esté con rostro desvelado cuando se ausente porque puede que oiga el graznido de la cigüeña. Esta última frase quizás se merezca una explicación aparte. El graznido de la cigüeña bien puede remitir a la burla del primer verso con lo que se redundaría siempre en la misma idea, pero podemos aportar una nueva anotación. Es conocido el mito de Ovidio que relata en sus *Metamorfosis* como Antígone, hija de Laomedón, presumiendo mucho de su hermosura quiso competir con la diosa Juno, quien resentida por este atrevimiento, la convirtió en cigüeña habiéndole despojado primero de la lengua. Esta es una

explicación literaturizada de la privación de voz y canto que sufren las cigüeñas por lo que sólo pueden emitir sonido con el castañeteo o tableteo de su pico apoyándolo sobre la espalda. Es decir, la cigüeña sólo podría advertir con graznido. ¿ Pero, por qué «avisar la cigüeña»? Si consultamos la *Historia Natural* de Plinio leemos allí que este pájaro suele llegar a nuestros campanarios sin ser visto porque lo hace durante el transcurso de la noche y, al mismo tiempo, cuando se va no nos damos cuenta de su partida, es decir, la cigüeña es un ave silenciosa, sigilosa, que únicamente avisa de su presencia con graznidos y que, proverbialmente, se le atribuye el don de estar siempre prevenida contra las asechanzas de sus enemigos. En definitiva, la frase encerraría una nueva amonestación para que Eumolpo permaneciese alerta.

Hasta aquí llega nuestra particular anotación. Nuestro propósito era el arrojar un poco de luz sobre aquellos versos cuyo significado permanecía oculto en una primera lectura, procurando indicar, siempre que nos era factible, las claves de interpretación y orientar al posible lector hacia el camino correcto. Esperamos que con estas breves indicaciones nuestro objetivo se haya visto cumplido y que hayamos demostrado la imposibilidad de una lectura óptima de las producciones vernáculas de los Siglos de Oro sin la perspectiva del mundo clásico y más concretamente de la literatura latina. En cualquier caso, el anotar a Quevedo es siempre una tarea ardua y conflictiva y así lo hizo constar el propio González de Salas con las siguientes palabras de las que nosotros nos hacemos eco:

Aunque fuera diligencia prolija el notarlos [ los equívocos y las alusiones ], la ejecutara yo con menos resistencia, si no recelara que [ a ] los Advertido Presuntuosos [ les ] sucediera ofenderse, si alguna vez por ventura se les avisara [ yo ] de agudeza que hubieran ya percibido; sin tomar [ ellos ] en recompensa las que, sin sentirse, muchas veces se les pasaran. De donde aún quedo con escrúpulo, si pequé.

## BIBLIOGRAFÍA

- BLECUA, JOSÉ MANUEL (1970): *Francisco de Quevedo. Obra poética*, Madrid, Castalia.
- CAÑEDO, JESÚS E IGNACIO ARELLANO eds. (1987): *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, Pamplona, Universidad de Navarra-Institución Príncipe de Viana.
- CORTÉS, ROSARIO (1988): *Persio. Sátiras*, Madrid, Cátedra.
- COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE (1984): *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid, Turner.
- FERNÁNDEZ-GUERRA, AURELIANO (1951): *Quevedo*, Biblioteca de Autores Españoles, XLVIII, Madrid, Atlas.